esto era muy hermoso y discretísimo. Corrió en este poco tiempo todas las edades, y consiguió con certeza el deseado fin, llevándosele nuestro Señor antes que la malicia le estragase.»

* * *

UNA FUENTE DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Las conocidas redondillas *contra las injusticias de los hombres al hablar mal de las mujeres*, de Sor Juana Inés de la Cruz, cierran tardíamente el debate que sobre todo en los cancioneros preitalianos libraban los poetas sobre tal tema. Esporádicamente aparece en la poesía posterior, pero en pieza alguna alcanza la intensidad polémica que en la monja de Méjico.

El tono tan eminentemente conceptualista de esta pieza; su artificio sintáctico; su intención dialéctica felizmente servida con la rebuscada oposición de las sentencias y el amaneramiento paralelístico de su expresión, la sitúan en una atmósfera propiamente conceptista: la del momento literario en que se produce. Pero es curioso saber que tales recursos y precisamente para tal tema pudo aprenderlos Sor Juana en versos muy anteriores y no contaminados de influencias alambicadas del conceptismo. Y es ello doblemente instructivo porque la composición a que me refiero conserva en el tema y en el modo influencias patentes del gusto certesano de nuestra poesía del cuatrocientos, y así al aproximarla a las redondillas de Sor Juana, aproximamos dos corrientes conceptualistas que paran en conceptistas, y que proviniendo de distintas exigencias estéticas responden acaso a una idéntica vocación.

La poesía en alabanza y defensa de las mujeres que pretendo aproximar a la de Sor Juana, se encuentra en el libro V de la *Diana*, de Gaspar Gil Polo, y lleva el título de *Canto de Florisia*. Las coincidencias me parecen excesivas para casuales y así nada impide, siendo el libro del valenciano de corriente lectura entonces entre los aficionados a las letras, que Sor Juana conociera esta composición y la sugiriera la escritura de la suya. He aquí los pasajes más característicos para nuestro objeto de la poesía de Gil Polo, pues supongo que todos tienen presente en la memoria las populares redondillas de la monja mejicana.

Pero donoso es de ver
que el de más mala manera,
en no estar una mujer
toda hecha a su placer
le dice traidora y fiera.
Luego vereis ser nombradas
desdeñosas las modestas,
y las castas mal criadas,
soberbias las recatadas
y crueles las honestas.

. . . . . .

. . . . . .

Hombres, ved cuan justamente
el quereros se difiere,
pues consejo es de prudente
no dar crédito al que miente
ni querer al que no quiere.

. . . . . .

Porque si acaso os miró
la más honesta doncella,
o afablemente os habló,
dice el hombre que la vió:
Desvergonzada es aquella.
Y ansí la pastora y dama
de cualquier modo padece,
pues vuestra lengua la llama
desvergonzada si os ama,
y cruel si os aborrece.

. . . . . .

. . . . . .

Y venís todos a ser
pesados de tal manera
que quereis que la mujer
por vos se venga a perder
y que os quiera aunque no quiera.
Ansí conquistas las vidas
de las mujeres que fueron
más buenas y recogidas:
de modo que las perdidas
por vosotros se perdieron.

El mismo recuerdo de Lucrecia aparece en Gil Polo, aquí en oposición a Hipólito.

Es valor cual fué ninguno
que aquel mancebo gentil
desprecie el ruego importuno,
más Hippolyto fué uno
y Lucrecias hay dos mil.

No creo preciso copiar más para mi intención. El curioso, a quien son asequibles estos textos, encontrará fácilmente más puntos de coincidencia; yo sólo me proponía señalar la relación entre las dos composiciones.

JOSÉ M.ª DE COSSIO.

Tudanca, febrero 1932.